

Tatis

Hola a todos. Soy Beatriz Narro (Tatis). Quiero compartir con ustedes lo que aprendí de mi experiencia con un cáncer llamado Melanoma Maligno porque tal vez pudiera serles útil. Fui desahuciada dos veces: en el 2003 y en el 2006. Sin embargo, al día de hoy -2015- estoy curada.

Aprendí muchas cosas en este lapso de 12 años.

Primero vamos a analizar brevemente lo que significa la palabra CÁNCER. Estarán de acuerdo en que es una palabra fuerte y dura, no sólo porque generalmente la tomamos como sinónimo de MUERTE, sino también porque de inmediato la relacionamos con dolor, cirugías horribles, tratamientos espantosos y costos exorbitantes. Es por eso que la mayoría de la gente sana evita hablar de este tema hasta donde le es posible y trata de alejar este tema de su vida todo lo que pueda.

Aprendí que el cáncer tiene cinco niveles: cuando estás en el primero, la curación es relativamente fácil. Cuando llegas al quinto, te desahucian. La primera biopsia que me hicieron confirmó que yo estaba en el tercer nivel.

Aprendí que, independientemente del resultado final (vida o muerte), hay dos maneras de enfrentar el cáncer: a colores o en blanco y negro. A colores significa seguir siendo tú misma a pesar de todos los miedos; significa sonreír como si no pasara nada, significa levantarte por las mañanas con alegría de vivir un nuevo día, significa bañarte, arreglarte y salir a la calle como si no te pasara nada. En blanco y negro significa lo contrario: es ver todo desde una perspectiva de tragedia; es tumbarte en un sillón a lamentarte todo el día; es hundirte en la depresión, es ponerte de mal humor, es no tener ganas de comer, de arreglarte, de convivir con tu familia ni de salir a la calle.

Aprendí que existen dos tipos de enfermos: los que se aman más a sí mismos que a su familia, y los que aman más a su familia que a sí mismos. ¿Cuál es la diferencia? Los que se aman más a sí mismos que a su familia son los que ponen cara de tragedia, los que tratan de manipular a su familia con el pretexto de la enfermedad, los que exigen atención completa y absoluta porque “tengo cáncer”, los que se la pasan hablando y hablando de su enfermedad intentando causar lástimas; cuando les preguntan ¿cómo vas?, invariablemente responden con voz lánguida: “Pos maaaaal...”. Hay que suplicarles y rogarles para que salgan a la calle y hasta para que coman.

Por el contrario, quienes aman más a su familia que a sí mismos intentan mantener una sonrisa permanente en el rostro, ríen, platican, hacen chistes, salen a la calle sin importar el dolor, el cansancio ni las molestias. Nunca se quejan, aunque se estén muriendo. Y cuando les preguntan: ¿Cómo vas? Ellos contestan: “Bastante bien, gracias a Dios”.

Aprendí que el enfermo, cuando tiene la edad y la capacidad de pensar, es quien debe tomar sus propias decisiones con respecto de su enfermedad, y corresponde a su familia y a los médicos respetarlas. ¿Por qué? Porque se trata de decisiones de vida o muerte. No se vale que el enfermo diga: “Aaaayyyy... nooooo.... Por favor, ustedes decidan por mí... es que yo de plano estoy tan abrumada con todo esto, que no sé qué es lo mejor para mí”.

Por ejemplo, si mi hermano o mi hija toman la decisión de que me quede en EU para el tratamiento ¡y me muero!, sentirán culpa por el resto de su vida. En cambio, si yo tomé la decisión y resulta equivocada, pues no pasa nada: me morí y ya. Nadie a quien culpar.

Aprendí también que la familia hace hasta lo imposible, y gasta

hasta lo que no tiene, en un intento de que el enfermo se cure: venden coches, casas, terrenos, piden prestado y empeñan hasta su vida porque se sienten obligados a hacer todo lo que esté en sus manos para salvarle la vida al enfermo. Nada de esto es justo. Por eso es el enfermo quien debe mantener la calma y la prudencia para tomar sus propias decisiones: objetivas, centradas y ecuánimes.

Aprendí que los enfermos de cáncer pasan mucho tiempo en casa recuperándose de los tratamientos y las cirugías. Entonces decidí aprovechar el tiempo para escribir mi “diario”. Gracias a todos esos apuntes es que ahora puedo contarles lo que pasó, lo que viví y lo que aprendí, porque al releerlos pude poner en orden mis ideas y organizarlas para podérselas transmitir ahora.

Aprendí que los seres humanos somos seres inteligentes que vivimos dentro de un estuche que nos resguarda, llamado “cuerpo”. El estuche puede estar enfermo, pero yo, que vivo dentro, estoy bien.

Aprendí que es importante seguir los tratamientos y terminarlos aunque sintamos unas ganas enormes de dejarlos, porque si mi cuerpo se muere, no puedo salir corriendo a la tienda a comprar otro.

Aprendí que los tratamientos, por muy horribles que sean... ¡Pasan! Y finalmente recuperas tu vida, tu pelo y tus fuerzas. Sólo hay que tener paciencia: medicinas fuertes para enfermedades fuertes, es todo.

Aprendí que no soy una pierna, un brazo, un ojo, un riñón, un seno ni una oreja. Todas estas cosas forman parte del estuche. Si hay que quitar alguna de las piezas, no hay problema porque el estuche sigue vivo y puedo seguir viviendo dentro de él. Ya después veré cómo reparo la parte perdida: con una prótesis, una cirugía plástica

o como sea.

Aprendí que cuando te dicen que “hay metástasis”, sientes que te vas a morir al día siguiente.

Aprendí que es muy cierto lo que dicen por ahí: La vida es como una Rueda de la Fortuna en la que todos interactuamos: vivimos, lloramos, crecemos, aprendemos, estudiamos, trabajamos, reímos.. unas veces arriba, otras abajo y otras a los lados. Y cuando enfermamos de algo tan serio como el cáncer o como cualquier otra enfermedad terminal, es como si nos bajáramos de esa Rueda de la Fortuna y comenzáramos a vivir en una “Dimensión Desconocida” en la que lo único que nos preocupa y nos ocupa es la sensación de sobrevivir. Nos concentramos en los tratamientos, en las cirugías, en vencer el cansancio, en intentar llevar una vida lo más normal que se pueda, en que nuestra familia sufra lo menos posible... pero en el fondo estamos devastados. Psicológicamente estamos craquelados y emocionalmente también. Y nadie puede entender esto, salvo las personas que han pasado por lo mismo que tú.

Aprendí que cuando te dan de alta declarándote oficialmente “curado”, tiendes a aislarte mientras sana tu sistema emocional y psicológico.

Aprendí que esta reacción de aislamiento se debe a que es muy duro seguir repitiendo una y otra vez, con todos los que se te cruzan por el camino, todas las experiencias vividas con la enfermedad: descripción de cirugías, tratamientos, dolores, medicinas, etcétera.

Aprendí que es importante mantener la mente activa en actividades que nos permitan mantener la mente ocupada en otra cosa, como trabajar ya sea por una remuneración o como apostolado: aunque te sientas cansado y adolorido.

Aprendí que es importante hacer todo cuanto esté en nuestras manos para curarnos del cáncer: se vale la medicina tradicional, la alternativa y las oraciones. Porque no sólo es importante sentir la tranquilidad de que hicimos hasta lo imposible para curarnos, sino que también nuestra familia verá en nosotros un ejemplo de fortaleza y de amor por la vida que les ayudará a recordarnos con amor y admiración.

Aprendí que no todos los tratamientos alternativos funcionan y algunos son, inclusive, peligrosos. Es importante seleccionar con cuidado qué tratamiento es adecuado en cada caso, porque si no te mata el cáncer, te matará el tratamiento alternativo.

Aprendí que el enfermo de cáncer, o de cualquier otra enfermedad terminal, no puede darse el lujo de negarse la opción de otras maneras de curación. Pero debe primero asegurarse de que ese tratamiento alternativo ha curado a otras personas enfermas de lo mismo.

Aprendí que lo mejor es ponerse en las manos de Dios durante todo el proceso, porque los médicos no tienen la última palabra ni tampoco formamos parte de ninguna estadística. La última palabra la tiene Dios. Sólo Él conoce cuál es nuestro destino.

Aprendí a vivir en medio del huracán, con noticias a veces positivas y otras negativas con respecto al avance de mi enfermedad.

En el año 2012 me hicieron un estudio PET para ver la posibilidad de ingresarme dentro de un “Protocolo”. Sin embargo, el estudio demostró que todos los tumores habían desaparecido, sin cirugías ni tratamientos adicionales (yo ya estaba desde varios años atrás en “observación”, sin tratamientos de ninguna clase).

No sé si fueron los tratamientos y cirugías, el tratamiento alternativo o las oraciones de mi familia y amigos. El caso es que me curé inexplicablemente. Los médicos dicen que fue una reacción retardada a todos los tratamientos que me hicieron... el señor que me puso imanes asegura que fueron los imanes... mi familia y amigos dicen que fueron las múltiples oraciones. No lo sé. Yo sólo sé que mi destino no era morir en el 2003, ni en el 2006, ni al día de hoy. Y, sin embargo, aquí estoy para compartir con ustedes mi historia. Aprendí que el destino de cada persona no se basa en las estadísticas ni en la opinión de los doctores... Se basa solamente en la voluntad de Dios y en el compromiso que tenemos con Él de alcanzar nuestro destino.

Conclusión

Antes de despedirme, quisiera compartir con ustedes una reflexión: Es un hecho que ninguno de nosotros conocemos el día ni la hora en que nos iremos de aquí. Algunos tienen la ilusión de que vivirán eternamente. Otros piensan que el mundo se acabará la próxima semana. Y la realidad es que hoy estamos perfectamente bien, pero mañana podrían darnos la noticia, como me la dieron a mí, de que tenemos un cáncer avanzado; o tal vez nos de un infarto, o tengamos un accidente de coche o nos atropellen en Insurgentes, porque nadie conocemos nuestro destino. Por lo tanto, ¿qué estamos esperando para poner en orden nuestra vida? ¿Qué esperamos para reconciliarnos con el amigo, el hermano, el abuelo, la mamá o el papá con quien hemos estado enojados desde hace tanto tiempo y a quien tal vez no le dirigimos la palabra desde hace meses o años? ¿Qué esperamos para comenzar a vivir bien, con decencia, con honradez, con armonía? ¿Qué estamos esperando para recuperar la paz en nuestro corazón, con nuestra familia, con nuestros amigos, con el mundo en que vivimos? ¿Qué estamos esperando para perdonar de corazón los agravios recibidos para, así, recuperar la paz en nuestro interior? ¿Qué puede tener de positivo irnos a la

tumba con remordimientos, odios y rencores? ¿Realmente hay alguien que quiera morir en ese estado de ansiedad, zozobra, ansia, impaciencia y culpa? Se corre un riesgo bastante grande al morir en ese estado, teniendo en cuenta que nadie ha regresado del más allá para explicarnos cómo son las cosas en el otro mundo.

Desde mi experiencia personal, al tener que enfrentar la muerte cara a cara, he decidido perdonar aunque no me pidan perdón, amar aunque no me amen y recuperar la paz dentro de mí, incluso cuando el resto del mundo elija seguir peleando en cruentas guerras cuyos motivos tienen con frecuencia el pretexto de Dios, a quien yo veo como uno solo: Yahvé para los judíos, Alá para los musulmanes y Dios (Jesús) para los cristianos. Así es: llamamos de diferente manera al mismo Padre. ¿Por qué entonces tantos pleitos entre hermanos? ¡No lo entiendo! A mí me sería imposible ver a Dios a la cara después de haber asesinado, degollado, discriminado o abusado de cualquier forma de otros seres humanos que son mis hermanos por el solo hecho de haber sido creados por el mismo Padre, cualquiera que sea Su Nombre.